

Emma Castelnuovo cumple noventa años



Crónica mundana del homenaje a Emma Castelnuovo en Roma

Roma, doce de diciembre de 2003: Emma Castelnuovo cumple noventa años y a las cuatro de la tarde, en la sala de la Protomoteca del Campidoglio, el alcalde de Roma, Walter Veltroni, toma la palabra y abre el acto de homenaje a su antigua profesora. “Soy alcalde de Roma porque he sido alumno de Emma Castelnuovo” —sostiene. Y podría ser cierto, si todos los que están reunidos en el salón hubiesen votado por él, porque el salón es enorme y está lleno. Hay gente de pie y otros que no pueden entrar, esperan fuera. Mucha más gente de la que los organizadores esperaban. Casi parece que los romanos podrían clasificarse en dos grupos: los que fueron y los que no fueron alumnos de Emma. No sabría decir cuál de los dos grupos sería más numeroso.

“Soy alcalde de Roma porque he sido alumno de Emma Castelnuovo” —dijo Walter Veltroni.

Guido Ramellini
Sociedad Madrileña de Profesores de Matemáticas
“Emma Castelnuovo”

Fuera de la sala el día es esplendoroso y, de la terraza del Campidoglio, Roma nos brinda una vista impresionante sobre siglos de historia. Puedo hasta sacar una foto panorámica sin que aparezca una sola antena de televisión. Dentro la visión es igual de interesante. Los presentes somos personas de todas las edades, generaciones que han aprendido de Emma siendo sus alumnos o sus compañeros de profesión.

Veltroni recuerda los rasgos de su profesora: seriedad, rigor, compromiso. No había fácil camaradería, ni concesiones a las modas: al encuentro se llega trabajando juntos, compartiendo objetivos, realizando proyectos significativos para el desarrollo humano de las personas implicadas. Otros alumnos que to-

marán la palabra después confirmarán la naturaleza de la relación con Emma, seria y rigurosa, pero profunda y emotiva; lo expresarán con palabras de respeto y agradecimiento, de admiración y cariño.

En la mesa toma la palabra Francisco Martín Casallerrey, que cuenta la importancia y la vigencia de la obra de Emma fuera de Italia. En los pasillos laterales antiguos compañeros del Instituto *Tasso* se reconocen, se saludan, se pasan antiguas fotos: en algunas los chicos llevan todos corbata, las chicas delantales negros. Francisco va adquiriendo soltura conforme lee su intervención en un italiano más que correcto. Los presentes escuchan y le aplauden largamente cuando termina con las únicas palabras en español: "Emma, te queremos".

La intervención ha gustado: no sé cuantos de los presentes sabían del prestigio que la obra de Emma ha merecido en el mundo. La intervención de Francisco lo ha hecho "tangible".

Desde la mesa, Carla Degli Esposti, colaboradora de Emma y alma de la organización del homenaje, pasa la palabra a Edoardo Lugarini (en representación de La Nuova Italia, editora de casi todos los libros de Emma) y a Paolo Mieli, antiguo alumno y director del grupo editorial que gestiona ahora los derechos de sus publicaciones.

El primero recuerda vivamente, leyendo párrafos concretos de cartas, la negativa tajante de Emma a que se publicasen las soluciones de los problemas de sus libros de textos. "De nin-

guna manera puedo aceptarlo, porque eso iría en contra de la metodología que defiende. La solución nunca es lo importante sino el proceso y, por tanto, que más da que el resultado sea este o aquel valor concreto". El segundo afirma que pocas veces en su vida ha sido consciente de encontrarse ante un

genio y que una de éstas fue cuando conoció como alumno a Emma. La compara con Mozart. Añaden recuerdos personales que cruzan años importantes de la historia reciente de Italia, entre luchas, ganas de reconstruir (sin olvidar), de mejorar (sin olvidar), de perdonar (sin olvidar).

Y le toca el turno a otra maestra de maestros, Clotilde Pontecorvo, que, desde la Facultad de Ciencias de la Educación de Roma, ha tenido muchas ocasiones de contacto con Emma, de compartir trabajo, de intercambiar

ideas. Lamentó, la profesora Pontecorvo, no haber traído el famoso cordel de Emma, que tanto la impresionó en unos de sus primeros encuentros. En seguida Emma llegó a socorrerla, sacando el cordel de uno de sus bolsillos. No iba a ser la última vez.



Miele afirma que pocas veces en su vida había sentido la sensación de encontrarse ante un genio y que una de esas fue cuando conoció como alumno a Emma Castelnuovo. La compara con Mozart.

La última intervención de la mesa fue la de Tullio De Mauro, insigne lingüista y ministro de la Educación con el Gobierno anterior. Como tal, invitó a Emma a formar parte del grupo de trabajo con el que, después de más de setenta años, se pretendía estudiar una reforma global del sistema educativo italiano. Fue una llamada histórica: la anterior que Emma había recibido de este mismo Ministerio ¡se remontaba a más de veinte años! (Esto dice mucho sobre unas cuantas cabezas ilustradas que se han sucedido en el cargo).

De Mauro no fue alumno de Emma y a este hecho atribuía, en su intervención, su prematuro cese del cargo ministerial. Rememoró la primera reunión de ese grupo de trabajo, formado por más profesores de universidad que docentes de escuela. Eran muchas las cosas que se debían decidir y estas son las típicas situaciones donde todo el mundo habla, pocos escuchan y las brillantes ideas de gente que ha dedicado su vida a la enseñanza se pierden en la aglomeración. Entonces Emma, que había permanecido callada hasta el momento, se levantó, sacó del bolsillo (¿el mismo?) el cordel y hizo que el selecto y restringido grupo de trabajo experimentara un primer día de clase en una escuela secundaria.

Después de haber discutido, contestado, fallado, revisado y comprobado sus opiniones, según les sugerían las variaciones dinámicas del cordel, tenían las ideas un poco más claras sobre el camino que recorrer para reformar la didáctica. Pero llegó el verano, los profesores volvieron a sus universidades y a sus elucubraciones (mientras la derecha ganaba las elecciones) y, como en el homenaje de Emma estuvieron presentes sólo dos profesores universitarios, creemos que el resto debe de estar todavía muy ocupado. Naturalmente, la reforma que ahora afecta a la escuela italiana nada tiene que ver con el trabajo de los dos ministros anteriores y de esos grupos de trabajo.

Las intervenciones de antiguos alumnos nos hicieron recorrer las etapas más significativas de la carrera y de la vida de Emma: la escuela hebraica de Roma, en los terribles años de las leyes raciales, la posguerra, hasta los 70 con las dos exposiciones de matemáticas del 1971 y 1974.

Las últimas intervenciones fueron de representantes de antiguos alumnos que nos hicieron recorrer las etapas más significativas de la carrera y de la vida de Emma: de la escuela hebraica de Roma, en los terribles años de las leyes raciales, pasando por la posguerra hambrienta —en todos los sentidos—, hasta los años y los alumnos de las dos exposiciones de matemáticas: 1971 y 1974. Lo que contaban sus *chicos y chicas* nos devolvían la Emma que conocemos y queremos, la que tantas veces nos ha regalado su aportación educativa, sin fisuras entre los aspectos profesionales y personales, la que afirma cada vez que enseñar es ante todo un acto profundamente humano.

A Emma le tocaba concluir. Durante el acto la había mirado muchas veces su cara, intentando robarle, sin apreciables resultados, un señal de conmoción. Encendió el retroproyector y sacó del maletín sus transparencias. Le tocaba finalmente el turno y vimos nuevamente una profesora de matemáticas, de las buenas, de las que hablan poco —para dejar hablar a los alumnos—, ¡Qué tomáramos nota! nos dijo.

Volvió a sacar del bolsillo el cordel y, una vez más, gozamos de una clase auténticamente magistral de matemáticas. El aula

Emma volvió a sacar del bolsillo el cordel y, una vez más, gozamos de una clase auténticamente magistral de matemáticas. El aula estaba llena. Los alumnos atentos y entregados, la profesora experta e inspirada, los argumentos mantenían la vigencia de siempre.

estaba llena. La poca gente que se había marchado había sido sustituida por los que por fin habían conseguido entrar en el salón de actos. Los alumnos atentos y entregados, la profesora experta e inspirada, los argumentos mantenían la vigencia de siempre y nos llevaban de las matemáticas a la historia, del arte a la arquitectura y de la física a las ciencias ambientales, así que volvimos a clase hasta cuando, sin sonar el timbre, terminó Emma y nos ofrecieron compartir su tarta de cumpleaños. De esto no contaré nada porque es de mala educación escribir con la boca llena.

Al día siguiente, el grupo de los españoles estuvo invitado a comer en casa de Emma. Era la ocasión para entregarle nuestros regalos y los de la Federación y para profundizar la relación con sus más cercanos colaboradores.

Fue una reunión muy interesante, también a nivel profesional, porque resultó importante conectar las experiencias que, a través de los grupos de trabajo de la distintas sociedades de profesores, se están desarrollando en España y las que discípulos de Emma están realizando en Italia.

Los que estábamos allí hablábamos distintos idiomas, pero una misma lengua.

Espero que esta crónica mundana, a la que le toca ser escueta y le gustaría ser “ligera”, pero no superficial o frívola, sirva a los lectores para sentir que, de algún modo, han formado parte de ese homenaje a Emma en Roma. ■